

G. Echegoyen Artemisa y Katherine Voigtlander M.
"Diccionario Yuhú"
 (edición preliminar), México, 2007.

Francisco Barriga Puente*

De entrada, quiero señalar que como tipólogo soy un pertinaz usuario de fuentes lingüísticas documentales, de diccionarios y gramáticas de lenguas indígenas. De ahí que mi reseña esté armada en torno a la necesidad de contar con este tipo de obras, pues son fundamentales para darle rienda suelta a los afanes comparatistas que, sin vuelta de hoja, constituyen la vía regia para la construcción de la científicidad de la disciplina y para la extracción de leyes generales del lenguaje. Por otra parte, he pensado que conviene invocar el cuento "Funes el memorioso", que escribió Jorge Luis Borges en 1944 (Jorge Luis, el del mítico Buenos Aires, que no hay que confundir con José Luis, el del acrílico Fox).

El protagonista del texto referido (un tullido que responde al nombre de Ireneo Funes) cuenta con una memoria descomunal que graba y recupera toda la información que llega a sus sentidos. En una de tantas, le solicita al narrador —o sea, al autor implícito— que le preste el libro de Plinio titulado *Naturalis historia* junto con un diccionario "para la buena inteligencia del texto original porque todavía ignoro el latín". El narrador no supo si atribuir la petición del diccionario a la ignorancia o a la estupidez, pues desde su experiencia hacia falta más que un diccionario para aprender el latín. No obstante se lo prestó y cuál no sería su sorpresa que cuando lo volvió a ver, unos pocos días después, Funes el memorioso ya hablaba latín.

Lo primero que podemos colegir es que incluso el personaje de Borges para aprender latín tuvo que recurrir al *Gradus ad Parnassum* de Quicherat. Si Ireneo aún viviera y su lengua meta fuera el yuhú, pues entonces lo mejor que podría hacer sería conseguir uno de los 50 ejemplares de la magna obra de Artemisa Echegoyen Gleason y Catherine Voigtlander Markley, misma que les tomó 50 años preparar... ¡50 ejemplares, 50 años!

Lo magno del diccionario yuhú-(español) no sólo aplica al número de entradas que contiene, sino también al tratamiento que las autoras dan a cada una de ellas (aquí cabe destacar el trabajo de Doris Bartholomew, quien puso a punto la redacción de las entradas para su publicación). La elaboración de dichas entradas (6,195 yuhú-español y 4,564 español-yuhú), da fe del cuidado

y el profesionalismo que ejercieron las responsables de la obra. Cada una de ellas contiene, en primer lugar, el término yuhú escrito con el alfabeto que ha sido revisado y perfeccionado a lo largo de los años. Dicho alfabeto consta de trece vocales, veinte consonantes y tres tonos. En segundo lugar, se especifica de qué clase de palabra se trata. Para los verbos se incluye su conjugación, su forma futura, su apócope y, dado el caso, su forma pasiva impersonal. Acto seguido se ofrece la traducción al español de la palabra, incluyendo, claro está, sus diferentes acepciones. Cuando es necesario, se dan las explicaciones pertinentes para aclarar el significado del término yuhú o alguna particularidad gramatical. En este mismo orden de cosas, cabe señalar que las más de las veces se ilustra el uso de la palabra en cuestión —muy a la receta de Dow Robinson— a través de una oración debidamente traducida. Con frecuencia, dichos ejemplos aparecen acompañados de frases que para muchos de nosotros podrían parecer superfluas. Sin embargo, para los yuhú son complementos necesarios, pues para ellos producir enunciados descontextualizados es algo fuera de lo normal y, peor aún, lo es citar palabras aisladas. Aquí conviene agregar que, cuando los hay, también se consignan los sinónimos y antónimos correspondientes.

Una característica notable de la estructura de las entradas, es la del rasgo "véase", el cual constituye una especie de *link* —para ponerlo en una jerga actual—, que envía a una suerte de formas básicas y/o derivadas de la palabra, las cuales además de que facilitan el análisis morfológico de la pieza léxica, le permiten al usuario acercarse a la lógica de la construcción de los conceptos indígenas. Para mi gusto, esta posibilidad de convertirse en un "dicionauta" —por llamarlo de algún modo— es uno de los rasgos más atractivos de la obra. Por otra parte, la posibilidad de "navegar" entre diferentes entradas del diccionario pone en relieve la extraordinaria riqueza léxica del yuhú. Dicha riqueza se manifiesta en el desarrollo un tanto cuanto exuberante de ciertos campos semánticos, cuya importancia cultural para el grupo así lo demanda. Así tenemos que "maíz" tiene aproximadamente trece entradas; "agua" cuenta con cerca de veinte (caliente, ácida, bendita, de lluvia, apestosa, fresca, misteriosa, entre otras), lo mismo que "tierra" (amarillosa, arada, cansada, colorada, de los pies, desértica, fértil, fría, húmeda, pareja, plana, seca, entre otras).

Aquí importa hacer notar que al menos desde el siglo XIX esta cuestión ha dado lugar a la suposición de que los hablantes de lenguas con "léxico

* Dirección de Lingüística del INAH.

sobrediferenciador” son particularistas y concretos, incapaces de establecer generalizaciones y tener un pensamiento abstracto.

Al respecto, no cabe la menor duda de que dicha exégesis es ideolectocentrista y hasta un tanto racista. En verdad hay que ser obtuso o estar demasiado prejuiciado para suponer, por ejemplo, que como el léxico francés tiene dos lexemas para “río” (uno para aquellos que desembocan en el mar y otro para los que lo hacen aguas interiores), entonces los francófonos tienen una menor capacidad de abstracción que los hispanófonos; o lo que es igual, que por el hecho de que los finlandeses tienen más o menos 15 lexemas para “nieve” (nieve dura, nieve sucia, nieve recién caída, entre otros), entonces tienen menor capacidad de generalización que nosotros, que ni siquiera distinguimos léxicamente entre la nieve del Popocatepetl y la nieve de limón.

El narrador de “Funes el memorioso” –el autor implícito– cae en ese viejo garlito cuando dice que Ireneo Funes: “... era casi incapaz de ideas generales... No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversas formas; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)”.

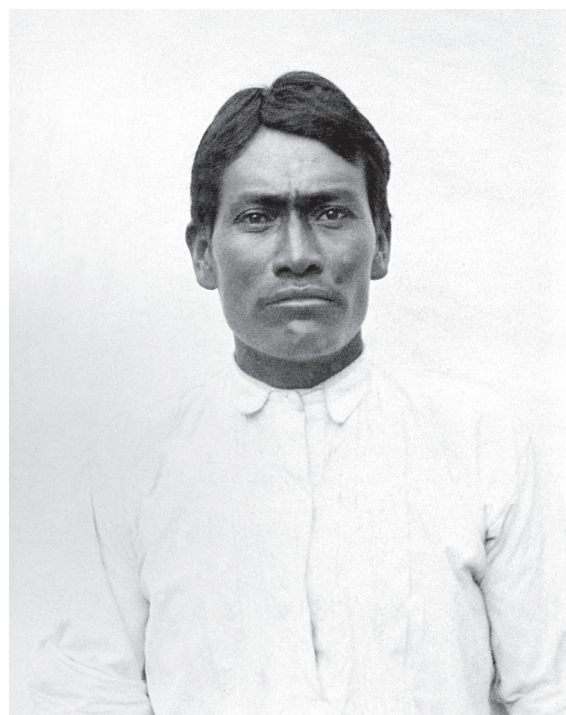
Yo pienso que la anterior opinión del autor implícito fue motivada por los impulsos platónicos del memorioso, quien hacia la mitad del cuento manifiesta su admiración por Ciro, rey de los persas, el cual llamaba por su nombre a todos los soldados de sus ejércitos; por Metrodoro, que profesaba el arte de repetir con fidelidad lo escuchado una sola vez; y por Mitrídates Eupator, que administraba la justicia en los 22 idiomas de su imperio.

La adscripción de “Funes el memorioso” se hace más evidente cuando le hace saber al narrador del cuento que hacia 1886 había ideado un sistema de numeración en el que todos y cada uno de los números tenía una suerte de nombre propio (bueno, al menos los poco más de 24 000 que ya había bautizado). “Así, en lugar de 7 013 decía Máximo Pérez; en lugar de 7 014, el Ferrocarril; otros números eran Luis Melián Lafinar, Olimar, azufre, los bastos, la ballena, gas, Napoleón... En lugar de 500 decía 9”.

Al llegar a este punto, el autor del relato se desmarca y aclara: “Yo traté de explicarle que esa rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario a un sistema de numeración”. Pero, a mi parecer, “Funes el memorioso” no quiso o no pudo entender que “memoria” es polisémica y dentro de sus diferentes significados tiene dos cuyas acepciones vienen a colación. La primera conlleva un marcado carácter individual y ha alcan-

zando la distinción popular de haber sido estampada en una camiseta que a la letra reza (y me disculpo por la mala palabra): “La memoria es la inteligencia de los pendejos” (por lo tanto aplica a Funes). La segunda, por el contrario, tiene un marcado carácter social pues se refiere al registro documental de los saberes de una sociedad, de todo un pueblo. Se trata de una memoria colectiva, del resguardo de la cultura de un pueblo, de la categorización y subcategorización del mundo a través de su lengua (por lo tanto aplica al diccionario yuhú).

Para terminar, sólo quiero agregar que en estos tiempos en que cuatro por ciento de lenguas hegemónicas están desplazando a 96 por ciento de lenguas minoritarias, es de suma importancia que dichas lenguas en peligro se documenten. Y si el registro es llevado a cabo con el talento, cuidado y dedicación que Artemisa Echegoyen, Katherine Voigtlander, Doris Bartholomew y sus colaboradores yuhú conjugaron en la elaboración del diccionario, entonces tendremos garantizada la calidad del trabajo, el cumplimiento del objetivo. Más aún, estoy seguro que al conocer el libro que hoy reseñamos, los otomíes de la Sierra Madre Oriental mejorarán sensiblemente su percepción de la lengua y su actitud hacia la misma. Por su parte, los no hablantes tendrán la oportunidad de acercarse al vocabulario, a los campos semánticos y hasta a la gramática de este complejo idioma. Estoy seguro que a través de la lectura del diccionario, más de uno se preguntará por otros aspectos de su cultura, se preocupará por sus actuales condiciones socioeconómicas, por la viabilidad futura del yuhú.



Azteca. Cuauhtlantzin.